

Tipití: Journal of the Society for the Anthropology of Lowland South America

ISSN: 2572-3626

Volume 2 | Issue 2

Article 1

12-1-2004

La Vivienda Colectiva de los Yanomami

Graziano Gasparini

Universidad Central de Venezuela

Luisse Margolies

Universidad Central de Venezuela

Cover Page Footnote:

Editor's Note: This article is excerpted from *Arquitectura Indígena de Venezuela* (Caracas: Editorial Arte, 2005) with the permission of the authors. The chapter, "Los pueblos de la selva húmeda," as it appears in the book, includes the introductory section (reproduced here), sections on the Wóthuha and the Ye'kuana (not reproduced here), and a section on the Yanomami (reproduced here).

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.trinity.edu/tipiti>



Part of the [Anthropology Commons](#), and the [History of Art, Architecture, and Archaeology Commons](#)

Recommended Citation

Gasparini, Graziano and Margolies, Luisse (2004). "La Vivienda Colectiva de los Yanomami", *Tipití: Journal of the Society for the Anthropology of Lowland South America*: Vol. 2: Iss. 2, Article 1.

DOI: <https://doi.org/10.70845/2572-3626.1012>

Available at: <https://digitalcommons.trinity.edu/tipiti/vol2/iss2/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Trinity. It has been accepted for inclusion in *Tipití: Journal of the Society for the Anthropology of Lowland South America* by an authorized editor of Digital Commons @ Trinity. For more information, please contact jcostanz@trinity.edu.

La Vivienda Colectiva de los Yanomami

Graziano Gasparini

Luise Margolies

Universidad Central de Venezuela

Editor's Note: This article is excerpted from *Arquitectura Indígena de Venezuela* (Caracas: Editorial Arte, 2005) with the permission of the authors. The chapter, "Los pueblos de la selva húmeda," as it appears in the book, includes the introductory section (reproduced here), sections on the Wóthuha and the Ye'kuana (not reproduced here), and a section on the Yanomami (reproduced here).

LOS PUEBLOS DE LA SELVA HÚMEDA

Los grupos étnicos que habitan en la selva húmeda tropical, comparten un amplio territorio que incluye todo el Estado Amazonas y una parte extensa del Estado Bolívar.

Amazonas es el estado que más se extiende hacia el sur, llegando casi a la línea ecuatorial. Dicha superficie representa el 19,17% del territorio nacional, lo cual viene a ser el segundo estado en tamaño dentro de la división político-territorial del país. Al mismo tiempo, es el estado menos poblado puesto que sólo alcanzó los 55.717 habitantes, de los cuales más de la mitad se encuentra en la capital, según el Censo de 1990 (Atlas Práctico de Venezuela 1996:3); tal cantidad representa apenas el 0,3% del total de la población nacional.

El Amazonas tiene una de las selvas tropicales más importantes del mundo puesto que hasta hoy conserva un porcentaje muy elevado de "bosque primario" o virgen. Cuenta con una reserva biosférica de inmensa riqueza y complejidad ecológica; tiene una red hidrográfica muy extensa, más de 2.000 especies de peces y una gran diversidad vegetacional: más de 30.000 matas de excepcional exuberancia cuya mayoría es exclusiva de este territorio. Sus selvas cubren más del 80% del estado y tiene árboles que pasan los 25 metros de altura, un clima húmedo y una temperatura media superior a los 26 grados. Además de la gran variedad de flora y fauna, el 80% de los recursos mineros se encuentran al sur del río Orinoco. Al mismo tiempo, el bosque tropical es un sistema frágil por la antigüedad de sus suelos que tienen alta acidez y deficiencia de minerales necesarios para hacerlos fértiles y aptos para la agricultura.

A la vez, es el estado Venezolano habitado por el mayor número de

grupos étnicos, aproximadamente diecisiete, que están dedicados a la recolección, caza y pesca y, además, practican una agricultura de tala y quema. Los conucos para los cultivos se utilizan por períodos temporales limitados; a los pocos años se mudan a otro sitio y el conuco abandonado vuelve a ser absorbido por el bosque. Este sistema sólo es posible porque lo permite la inmensidad del territorio y la densidad reducida de sus pobladores.

Tres de las etnias amazónicas tienen especial interés para el tema del presente trabajo: los Wóthuha, los Ye'kwana y los Yanomami. Hay otros grupos menores en la selva húmeda, como los Piapoco, Curripaco, Baniva y Baré, pero aquí no los estamos considerando porque las características de sus viviendas, además de no haber logrado nunca los valores de los tres grupos mencionados, se han "criollizado" en extremo y han perdido gran parte de su personalidad originaria.

Las construcciones colectivas de los Wóthuha, Ye'kwana y Yanomami han alcanzado una gran calidad estética, formal, espacial y técnica; los Wóthuha y los Ye'kwana tienen algo en común con sus viviendas de planta circular — la churuata; los Yanomami, en cambio, tienen en el shapono un concepto muy propio del espacio colectivo y de la relación interior-exterior que trataremos más adelante.

El problema de concebir espacios para la vida familiar y para la vida colectiva de la comunidad, presenta soluciones realmente contrastantes entre un grupo étnico y otro. El medio ambiente, la organización social, los recursos para la subsistencia y las tradiciones cosmogónicas-religiosas seguramente influyen en la forma de vida y en la concepción de los espacios donde ella se desenvuelve. Ahora bien, ¿cómo explicar la diferencia entre un palafito Warao, abierto a la naturaleza, y una churuata cerrada y oscura? ¿Y por qué los Yanomami, vecinos de los Ye'kwana, en lugar de construir churuatas, conviven juntos alrededor de un gran espacio abierto? ¿Por qué los espacios habitables son tan diferentes?

Ya señalamos en el capítulo precedente que la interpretación del espacio vivencial, familiar o colectivo, no ha producido un juicio satisfactorio porque la gran mayoría de las descripciones que tratan de las viviendas no toman en cuenta su espacio. El análisis conceptual del espacio, en sentido arquitectónico, es decir, el vacío en el que se desarrollan todas las actividades humanas dentro de límites fijados por elementos verticales (muros, tabiques, mamparas, trenzados vegetales, etcétera), por elementos de cobijo (techos de tejas, de paja, platabandas, etcétera) y por elementos de pisos (de tierra, piedras, palos, tablas u otros materiales) no se puede entender en su valor esencial porque está atado a la inadecuada y generalizada definición de "cultura material." Para la cultura material, una cesta, un canaleta, una

curiara, una red para pescar, una vasija de barro o un arco están a la par del espacio habitable y eso, sencillamente, es inadmisibile. Una casa, una choza o una churuata no se miran como lugares concebidos para lograr un espacio para vivir sino como un objeto.

El espacio habitable no es “material,” no es tangible y, por lo tanto, no se puede apreciar o juzgar con las mismas pautas que usamos para cualquier objeto de artesanía útil que, por el contrario, sí es material. El espacio para la vida del ser humano no puede limitarse a las peculiaridades formales y materiales; su esencia principal nace de una concepción y condición social que, a fin de cuenta, es la que imprime las normas de vida.

Lo cierto es que la mayoría de quienes analizan los elementos de la “cultura material,” no ha demostrado poseer una disposición que les permita percibir los valores espaciales de una vivienda indígena, sea ella una churuata, un palafito o un shapono. Los criterios de clasificación para reunir todo el caudal de lo que conforma la “cultura material,” se basan aun en los enunciados del *Handbook of South American Indians* (Steward 1944-49). Una tendencia con características de “inventario” que encasilla la vivienda a la par de una curiara. El espacio y sus funciones son los grandes ausentes. Por eso, para captar y entender cualquiera de los espacios pensados para recibir la vida y trabajo del hombre, es fundamental tener una educación que facilite su percepción. Tal percepción está ausente en la mayoría de los que describen una vivienda porque “materializan” algo que no se puede materializar — el espacio; por eso, aplican el mismo criterio válido para describir cualquier pieza de artesanía utilitaria.

Una comunidad va formando a lo largo del tiempo su propio espacio vivencial que, inevitablemente, será similar o diferente al de otras comunidades. De la misma manera, son los fenómenos de transculturación, los contactos foráneos influyentes y las presiones culturales más variadas, los que producen cambios socioculturales positivos o negativos en lo que es el ser y hacer autóctono. El paso de la América precolombina a la América hispánica es un buen ejemplo; un ejemplo que ha producido miles de casos regionales y locales a todo lo largo y ancho de este mosaico cultural que es Suramérica. Muchos de los espacios habitacionales autóctonos han desaparecido, otros han sido deformados o modificados y sólo unos pocos — los más apartados de la “civilización” — han conservado el concepto espacial de su forma de vida originaria.

El espacio vivencial no es material, es sensorial; es el resultado de la manera de concebir una forma de vida específica, sea ella familiar o colectiva, en viviendas de paja o piedra, en espacios abiertos o cerrados. Cada familia o comunidad encuentra en esos espacios lo satisfactorio para desarrollar sus actividades, practicar sus costumbres y mantener viva

su compenetración con el medio ambiente. Los logros derivados de las diferentes experiencias habitacionales y compartidos por cada comunidad nos dejan ver y apreciar la variedad de ejemplos que interpretamos, más como casos de cultura espacial que de cultural material.



Figura 1. Típico asentamiento Yanomami. Es la comunidad de Hasapuwe-teri, en 1968

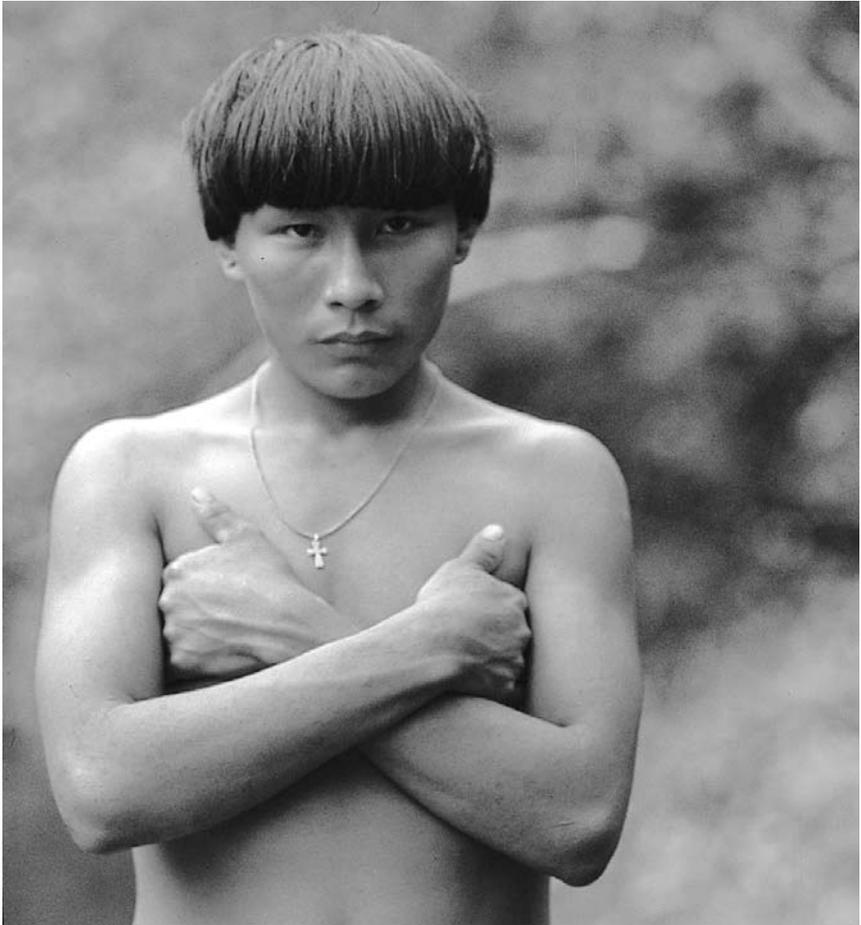


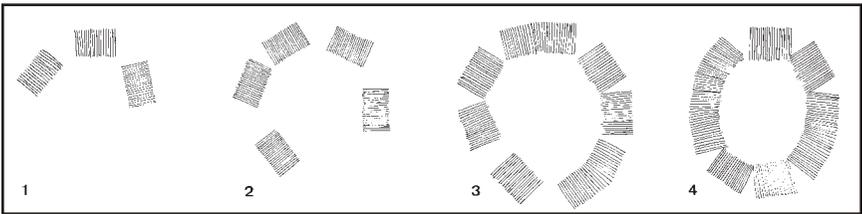
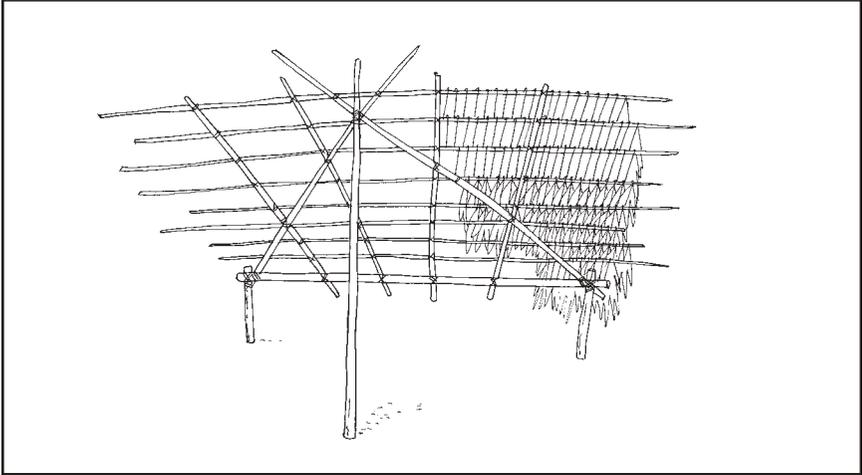
Figura 2. Tipo Yanomami

LOS YANOMAMI

El grupo indígena Yanomami habita la parte sur del Estado Amazonas y ocupa también parte del territorio que pertenece al vecino Brasil; poco más de la mitad de la etnia, unos 15.012 habitantes, según el Censo Indígena de 1992, se ubica en territorio venezolano (OCEI 1993:32). Tradicionalmente los asentamientos Yanomami se encontraban selva adentro cercanos a los caños menores de la gran red fluvial de la región; las cabeceras de los ríos y las montañas fueron su hábitat tradicional hasta el siglo XX. El sitio de mayor densidad fue la Sierra Parima (Bortoli 1996:147-8). Hoy en



Figuras 3 & 4. Todos los *shaponos* son semejantes desde el punto de vista conceptual, funcional y constructivo. Sin embargo, no hay uno solo que sea igual a otro



Figuras 5, 6 & 7. El tapiri es el cobijo provisional que se levanta durante los viajes en la selva para buscar alimentos. Se colocan en círculo como el *shapono*



Figura 8. En el gran espacio central, el *heba*, y a su alrededor se desarrollan todas las actividades de la comunidad

día, los asentamientos más poblados se encuentran en el Alto Orinoco y sus tributarios como los ríos Mavaca, Ocamo, Padamo y Metakuni. Los Yanomami comenzaron a extenderse hacia los cursos de los grandes ríos navegables en la segunda mitad del siglo XX.

A diferencia de la mayoría de los grupos indígenas del bosque tropical, los Yanomami son gente selvática, es decir, más adiestrados a la vida en los bosques que en los ríos. Si los Ye'kwana son "gente de río" y expertos fabricantes de curiaras, los Yanomami, en cambio, son más bien "gente de pie" que es el apodo que les asignó el antropólogo Napoleón Chagnon (1983:4-5).

Después de haber detallado las características constructivas y arquitectónicas del *ättä* y haber destacado los valores técnicos y estéticos de su domo cónico bicromático, la vivienda Yanomami se nos presenta con soluciones técnicas y formales que más bien recuerdan los tipos de cobijos más antiguos inventados por el hombre desde que comenzó a buscar la manera de protegerse bajo un techo. El territorio de los Yanomami linda con el de los Ye'kwana y sus indescifrables límites deben su enmarañada imprecisión y movilidad a los constantes desplazamientos de los asentamientos. La alta calidad de la técnica constructiva de la churuata Ye'kwana no ha logrado siquiera alterar en lo más mínimo al cobijo más elemental concebido por el hombre: el de "techo en tierra" o paraviento de



Figura 9. Una escena de todos los días y de cualquier día bajo el cobijo de una sola agua. El chinchorro es, a fin de cuenta, el único mueble; a la derecha de la foto aparece una rústica mesa

una sola agua que sigue vigente entre los Yanomami.

Llama la atención la marcada resistencia de los Yanomami en aceptar otras soluciones constructivas para levantar su tradicional *shapono*. No nos referimos a los cambios ocurridos en la vivienda durante las últimas cuatro décadas como consecuencia de contactos culturales provenientes de la sociedad nacional y de los misioneros. Nos referimos, más bien, a las primeras noticias sobre el *shapono* que, aunque nos vienen de principio del siglo XX, sabemos que sus orígenes formales se pierden en el tiempo para proyectarse inalteradas hasta nuestros días. La solución formal del *shapono* actual no acusa modificaciones. A pesar de haber investigado y revisado sus características en las páginas de los primeros viajeros y en las escasas ilustraciones anteriores a 1950, hemos constatado que el *shapono* permanece inmutable e indiferente a cualquier tipo de influencia externa.

Nos referimos, claro está, a la ancestral concepción del *shapono* formado por los “techos en tierra” que rodean el gran espacio central, el *heba*. Es lo que hemos llamado también el *shapono* tradicional, y que aun hoy se sigue levantando sin alteraciones en gran número de lugares. Aunque en las últimas décadas los Yanomami han asimilado formas y técnicas constructivas completamente diferentes para levantar viviendas con techos de dos aguas, paredes vegetales y otras variedades tipológicas, es evidente



Figura 10. Los primeros rayos del sol dan vida al gran patio central, *bebe*, del *shapono*



que cuando existe la intención de levantar el *shapono* que culturalmente los identifica, se descartan e ignoran las influencias modificadoras. Es como un acto de reafirmación cultural colectiva que se acata con el beneplácito de toda la comunidad. Una actitud fundamentada en una dicotomía dualista que, al mismo tiempo, acata los cambios impuestos por las condiciones ambientales no tradicionales y, por el otro lado, no renuncia a la ancestral concepción cultural inmutable.

La de Koch-Grünberg es posiblemente la primera descripción que proporciona la idea del *shapono* formado por la secuencia de techos uno al lado de otro y todos mirando hacia el gran espacio central: “La aldea de los Schirianá de Motomotó ... se componía como de una docena de techos protectores unilaterales, apenas de la altura de un hombre, dispuestos uno muy cerca del otro en círculo. En dos puntos oblicuamente opuestos se había dejado espacios más grandes que formaban los accesos a la plaza de la aldea y a la vez a las distintas viviendas. Cada techo protector servía de domicilio a una sola familia” (1982:251).

También Anduze observó que: “Al entrar a un villorrio más o menos permanente, se tiene la impresión de que se trata de una sola construcción en forma redonda con patio central, cuando en realidad son casas individuales puestas tan cerca una de otra que dan la impresión de unidad... Todas las casas están dispuestas en forma circular de manera que dan frente a una especie de plaza ...” (Anduze 1960:226).

Alrededor de ese patio circular e irregular se ubican los paravientos, fruto del acuerdo y del trabajo colectivo, para cobijar un mínimo de 40 personas y hasta un máximo de 300. Cada grupo familiar cuida la construcción de su cobijo que, difícil saber desde cuando, repite características aceptadas y repetidas por toda la comunidad.

El paraviento es una construcción elemental y de rápida ejecución aun practicada por numerosas etnias cuando ellas se apartan del asentamiento principal para ir a la selva a buscar otra clase de alimentos. El de los Yanomami, generalmente llamado *tapiri* o *yahí* tiene una estructura de forma triangular; dos palos clavados en la tierra que no sobresalen más de un metro en la parte de atrás y, al frente, un pie derecho mucho más alto que sostiene el vértice del triángulo. Sobre la forma triangular inclinada se amarran unas ramas rectas que soportan el tejido de hojas de palma o de platanillo. En los pequeños campamentos hechos con carácter provisional, los tres, cuatro o más *yahí* se colocan siempre formando círculo con la abertura alta hacia un claro central. En menos de una hora se levanta el *yahí* que permanece impermeable durante varios días. Es posible que esta disposición haya originado la forma del gran *shapono* colectivo.

El ritmo de la vida Yanomami depende mucho de las estaciones de



Figuras 11 & 12.



Figuras 13 & 14.

sequía y lluvia y de los trabajos rutinarios en el conuco. Durante la mayor parte del año los Yanomami permanecen en su *shapono*, pero durante la sequía, entre noviembre y marzo, familias enteras y a veces todos los integrantes del *shapono* emprenden giras de períodos muy largos, llamados *wayumi*, para recolectar frutos silvestres, cazar o visitar parientes en otras comunidades. Helena Valero, la mujer brasileña que fuera capturada por los Yanomami en 1937 y vivió con ellos durante muchos años notó que durante un *wayumi*, los Yanomami talaron los troncos y construyeron el *yahí* antes del anochecer. Si no tenían comida, el jefe ordenaba al grupo: “Ahora preparen el *tapiri*, luego pueden ir de cacería.” Si tenían carne suficiente, no se paraban hasta el anochecer cuando habían escogido un claro para hacer el *yahí* (1984:27). Si sumamos los viajes de *wayumi* con los constantes desplazamientos destinados a la cacería, se puede entender la importancia de la vivienda provisional en la cultura Yanomami.

Los paravientos del *shapono* son mucho más trabajados y de dimensiones mayores de los que se montan con carácter de provisionalidad durante las andanzas por la selva. Aunque el *shapono* es una vivienda

colectiva compuesta por varios patrilineajes que componen la comunidad, cada familia construye la sección de la vivienda que le corresponde. La construcción implica coordinación y colaboración a nivel de la comunidad, y en cada conjunto todas las familias tienen su espacio privado bien definido. El espacio hogareño lo precisa la posición del fogón y la ubicación de los chinchorros en forma triangular a su alrededor. El fogón es el centro del espacio familiar privado y allí se preparan todas las comidas, se desarrollan actividades artesanales, se pintan los cuerpos, se descansa y se conversa. El chinchorro es el único “mueble” del lugar familiar y la sencillez de ese espacio contrasta con el de la troja ubicada encima del fogón, siempre repleta de plátanos, implementos de trabajo y numerosas cestas de distintas formas y usos variados.

Sin duda, la característica sobresaliente del paraviento Yanomami es el lado más alto y siempre abierto que da hacia el *heba* o gran patio central. El tamaño del *heba* lo determina la cantidad de habitantes de cada comunidad. Por eso, varía constantemente y puede considerarse que sus medidas van desde los 20 a los 50 m. de



Figuras 15 & 16.



Figura 17.

diámetro. Muy acertadamente el padre Cocco señaló que “no hay vivienda que de más amplia bienvenida al sol y al aire que la yanomama” (1972:144). Sin embargo, la parte circular habitada que se abre hacia el oeste, está expuesta a los molestos rayos solares de la tarde lo cual obliga a colgar una mampara vegetal para protegerse.

El *heba* es el espacio público del *shapono*. Quienes hayan tenido la oportunidad de seguir el ritmo de las actividades diarias y de los festejos, habrá notado el uso multifuncional de ese espacio y de las viviendas aun cuando carezcan de divisiones físicas. El patio central sirve para recibir a los visitantes, para intercambiar regalos, para las danzas, para cocinar la carne de las cazas, y para los juegos de los niños. En fin, el patio es el nexo de las actividades comunitarias, el espacio colectivo abierto a la vista de todos. Por eso, el piso de tierra pisada es barrido constantemente con una escoba de *masimasi* lo cual le confiere un aspecto de limpieza permanente.



Figura 18. Mudanzas del *shapono*. Un *shapono* nuevo, el grande, próximo al abandonado que aún conserva su deteriorada estructura original. Más abajo, cerca del río, se observa la huella circular del sitio donde estuvo un *shapono* anterior

La pulcritud del patio llamó la atención del misionero americano James Paul Barker quien nos dejó una clara descripción de la vivienda “Guaika” en los años cincuenta: “El piso de tierra lo limpian estregándolo o raspándolo por lo menos una vez al día ... La basura es amontonada usando las manos o un trozo de leña, luego es llevado y botada fuera del patio central” (1953:459).

Debajo del alero volado y dando la vuelta a todo el patio hay un espacio semipúblico de gran significación. Es una especie de franja techada y abierta a la vista de todos que María Isabel Equillor llamó “el círculo ceremonial” (1984:118). Aunque aquí se desarrollan actividades artesanales como el tejido de chinchorros y cestas o la elaboración de flechas y lanzas, la mayoría de las actividades que se realizan son de carácter ceremonial. Aquí



Figura 19. La elemental estructura que sostiene el cobijo del *shapono*

se celebran los ritos mortuorios, los shamanes injieren el yopo y cantan. El espacio dedicado a las actividades shamánicas es muy importante e infunde un gran respeto; todos pueden observar, pero nadie puede entrar o invadir el sitio destinado a la actuación del shamán.

Seguramente, es el conjunto del *shapono* en su totalidad, con su gran círculo formado por las viviendas “techo en tierra” y su *heba*, el gran espacio central, lo que alcanza un preciso y único valor espacial. Lo esencial no es lo arquitectónico de sus fases constructivas, sino el gran espacio colectivo logrado con la integración de los espacios techados y abiertos. Vida en los espacios de los paravientos que se prolongan en el *heba* y vida en el *heba* que se prolonga hasta el fondo de los paravientos. La concepción espacial que es consecuencia de una forma de vida colectiva ancestral, arraigada y compartida, generó, seguramente sin proponérselo, ese valor espacial de sorprendente unicidad e insustituible lugar ceremonial para toda la comunidad. El *heba* es el punto vital y focal del *shapono*; todo se abre hacia él, todo mira hacia él y la vida gira alrededor del él. Una integración vida-espacio lograda por toda la comunidad con armonía y fluidez realmente compenetradas.

El *shapono* dura muy poco tiempo, aproximadamente unos dos años, porque por el techo pasa el agua de lluvia o se infesta de insectos. El *shapono* nuevo se construye en el mismo sitio después de haber quemado el averiado



Figuras 20 & 21. Detalles constructivos del gran techo de una sola agua que los Yanomami levantan alrededor del gran patio central



Figura 22. Más detalles constructivos del gran techo de una sola agua que los Yanomami levantan alrededor del gran patio

o, con más frecuencia, se levanta en las cercanías del asentamiento anterior. Además de esta actividad constructiva cíclica, hay mucha movilidad demográfica que motiva la construcción de un *shapono* completamente nuevo. Es frecuente que la comunidad vaya fraccionándose por razones de crecimiento demográfico o por razones políticas, para estar lejos de los conflictos hostiles que, a veces, surgen entre las comunidades. Parte de la comunidad abandona el *shapono* viejo para ir a construir una vivienda nueva en otra localidad. También hay mudanzas para estar cerca de los conucos nuevos. La mudanza, en consecuencia, constituye un aspecto básico en la formación de las comunidades y explica la constante actividad constructiva propia de los Yanomami. Cada *shapono* dista varios días de camino entre uno y otro. Esta lejanía, además de ofrecer una zona grande

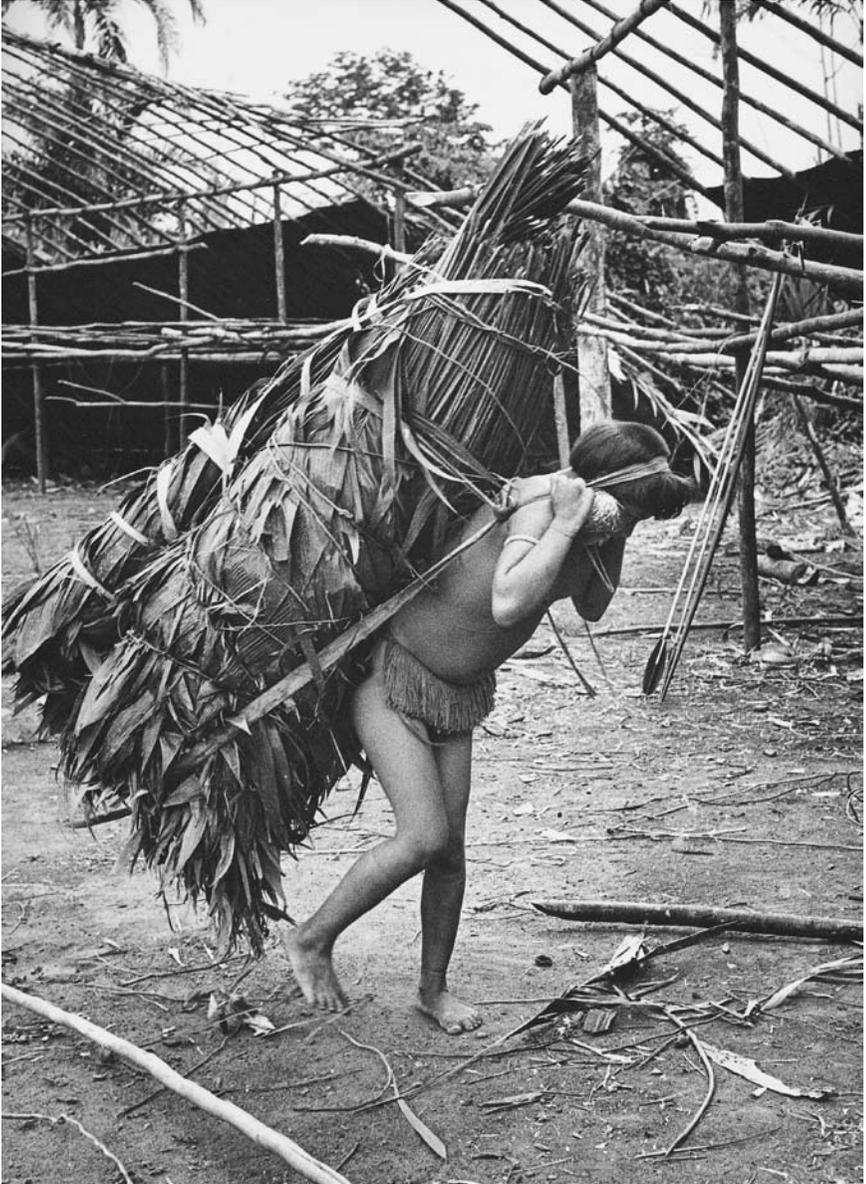


Figura 23. Las mujeres son las que cargan con las hojas de palma y las llevan hasta los pies de la obra, no obstante, todo el mundo, sin límites de edad y sexo, trabaja en la colocación doblando cada hoja sobre los bejucos que enlazan las varas



Figuras 24, 25 & 26.



Las mujeres son las que cargan con las hojas de palma y las llevan hasta los pies de la obra, no obstante, todo el mundo, sin límites de edad y sexo, trabaja en la colocación doblando cada hoja sobre los bejucos que enlazan las varas



Figura 27. Este *shapono*, aislado en la inmensidad del bosque húmedo tropical, demuestra la enorme variedad y cantidad de material orgánico de que disponen los Yanomami para la construcción de sus viviendas



Figura 28. Las viviendas de los Yanomami en las orillas del río Orinoco son cerradas para defenderse de la plaga

a cada comunidad para la cacería y horticultura, también ofrece cierta protección contra las incursiones de los enemigos.

Anteriormente, por razones de seguridad, los *shaponos* estaban fortificados y tenían una empalizada que los resguardaba. Según Helena Valero, cuando los Yanomami habían tomado la decisión de quedarse en un asentamiento, levantaban empalizadas con palos muy altos (más de tres metros) y duros que amarraban con lianas muy fuertes. Los *shaponos* fortificados tenían pocas entradas, dos como máximo, y estaban cerrados de noche con estacas entrelazadas con hojas secas o de palma. La empalizada también tenía su entrada, angosta y baja, cerrada de noche con ramas secas (Cocco 1972:145). Así, los sitios de acceso tenían su sistema de alarma ruidoso que anunciaba la presencia de cualquier intruso.

Los paravientos de los Yanomami acusan una de las formas constructivas más simples y de fácil ejecución. Consta de unos palos hincados de aproximadamente un metro de alto con viga horizontal en el tope y sobre ella descansa la parte más baja del envigado que conforma la armadura del techo. En el interior de la parte más baja del techo se deposita una gran cantidad de madera colocada verticalmente y con una altura correspondiente a lo definido por la estructura. Dicha madera sirve para los fogones pero, al mismo tiempo, también sirve para formar un cierre protector para los habitantes del *shapono*. No hay que olvidar que en

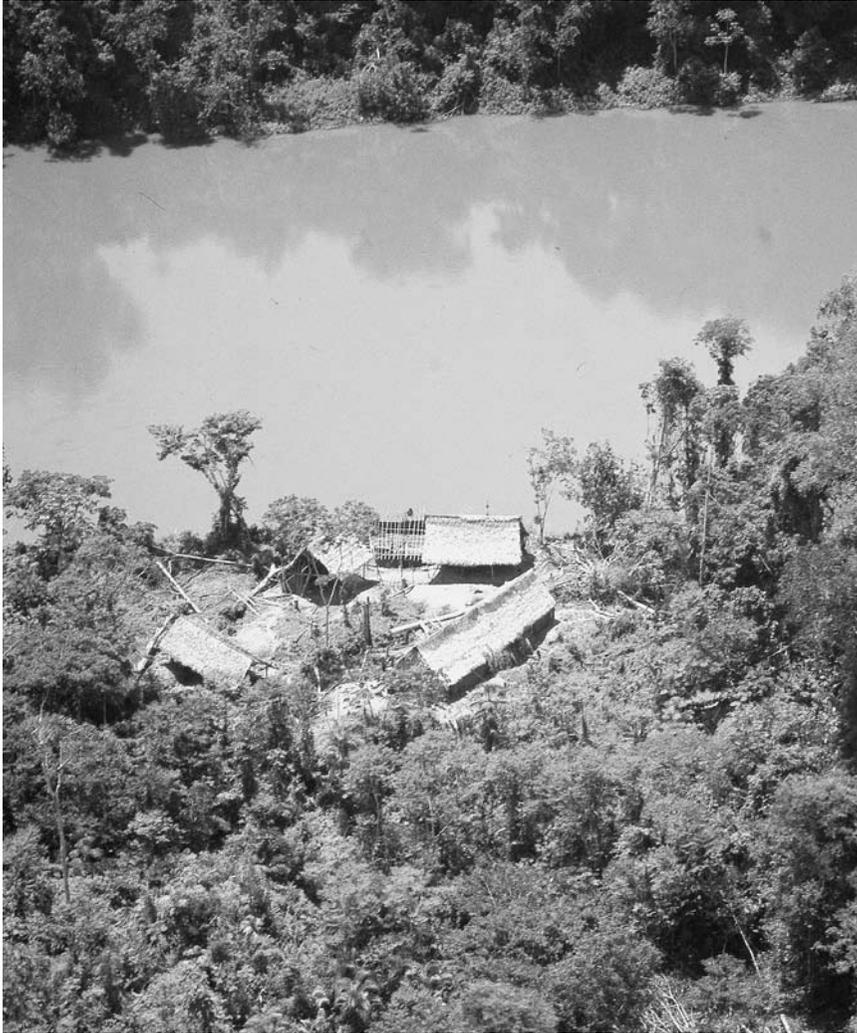


Figura 29. Las casas cerradas y con techo de dos aguas son soluciones habitacionales recientes. Lo único que persiste, como recuerdo del *shapono* tradicional, es la ubicación en círculo de las viviendas

la mayoría de los casos, detrás de esta parte muy baja está la selva.

Como el cobijo se construye por secciones familiares en las que intervienen trabajadores con diferentes habilidades, es frecuente la irregularidad en las dimensiones y acercamiento de los distintos paravientos. Aproximadamente a unos tres o cuatro metros de la parte más baja, otra serie de palos más altos con viga horizontal constituyen el punto estructural más importante porque es en esa viga donde descansa la sección volada del techo; es el punto, además, donde se atan los chinchorros y donde

se pueden colocar unas estanterías a manera de troja. Chagnon dijo que dicha troja es una innovación que apareció en la década de los cincuenta (1974). Está hecha de ramas de manaca partidas y fijadas paralelamente; y sobre ella se guardan los productos del conuco. Sobre la superficie inclinada formada por la secuencia de viguetas, se fijan las hojas de palma para completar el cobijo; hay dos maneras de hacerlo: o bien se colocan en hileras horizontales, una sobre otra, o bien doblándolas sobre un bejuco de *masimasi* que, horizontalmente, enlaza todas las viguetas. El techo de un grupo familiar puede estar unido o tener una separación mínima al de la familia que se encuentra al lado; el tamaño es variable y viene determinado por el número de personas que debe cobijar.

La construcción del *shapono* puede durar varios meses porque los hombres alternan este trabajo con las numerosas actividades de subsistencia. Las mujeres participan también, recogiendo y cargando materiales como las hojas para la techumbre mientras que los hombres, bajo la dirección del jefe, trabajan a un ritmo consistente: “dos o tres horas por día, durante tres o cuatro días a la semana como término medio,” durante las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde (Fuentes 1980:46). Helena Valero ofrece una buena descripción de la eficiente coordinación de las obligaciones de los hombres y mujeres en su construcción: “Cuando estuvo todo listo [la limpieza del terreno], los hombres fueron a la selva a buscar palos para hacer las casas. Primero pusieron los postes traseros, que son bajitos; hincaron los postes del medio; colocaron las vigas sobre esos postes, amarrándolas con mamure; después pusieron esas varas largas para el techo y también las amarraron. Nosotras, las mujeres, trajimos montones de hojas de *miyōma* para el techo ... Hombres y mujeres nos pusimos a techar, colocando las hojas primero abajo, después arriba y así adelante. A los tres días estaba listo el *shapono* y entonces metimos todos nuestros corotos en él” (1971:189).

Aunque el *shapono* está formado por una serie de paravientos de sencilla ejecución, la variedad de materiales orgánicos para la construcción que ofrece el bosque húmedo tropical es asombrosa. Según nuestros informantes, solamente hay que ir a un sitio cualquiera del bosque, para conseguir todos los materiales necesarios. No es extraño, que en una sola sección del *shapono*, cada viga puede pertenecer a un árbol diferente. Para poder nombrar las maderas utilizadas para los postes y las vigas, es necesario hablar directamente con el constructor; por ejemplo, un informante nos nombró una gama de materiales que frecuentemente usaba: 3 maderas para los postes, 8 tipos de madera para las vigas, 5 palmas para techar y 5 hojas aparte de las palmas. En un estudio de las plantas silvestres de la región, Emilio Fuentes clasificó más de 600 plantas en 6 categorías de elementos vegetales. Por eso, la importancia de los paseos de *wayumi* ofrecen a los

Yanomami la oportunidad de familiarizarse con maderas y plantas nuevas y experimentar sus cualidades (1980:32). Dada su enorme movilidad, este aprendizaje permite a los Yanomami adaptar sus *shaponos* a diferentes zonas ecológicas sin mayor dificultad.

Una consideración importante en determinar el tamaño del *shapono* es la variedad climática. En la Sierra Parima cerca de la frontera con Brasil, y el sitio de mayor densidad demográfica a mediados del siglo pasado, el *shapono* era más pequeño y con el techo prácticamente cerrado (Lizot 1988:513). El diámetro promedio en la Sierra Parima era de 30 metros y el techo cubría buena parte de la plaza, dejando un hueco redondo en el centro (Smole 1976:61). Hojas espesas de cambur se dejaban colgar desde el borde del techo para llegar casi hasta el piso (Chagnon 1997:59). Este tipo de techo ofrece la única protección contra el frío en una zona alta en la cual el fogón juega el mismo papel que una cobija en nuestra sociedad.

Los asentamientos de las comunidades emplazadas en las orillas de los ríos navegables, surgidos con el propósito de establecer relaciones comerciales con los grupos que trafican por la red fluvial, comenzaron a aparecer hacia mitad del siglo XX. Los misioneros cuentan que cuando llegaron a Ocamo (en el Orinoco) en 1957, ya encontraron casas rectangulares grandes con paredes de hojas de yagua que cobijaban unos treinta individuos (Cocco 1972:146). La nueva ubicación tropezó con inconvenientes no tradicionales que ocasionaron modificaciones importantes en las viviendas ribereñas. El inconveniente principal fue la insoportable cantidad de plaga propia de esos lugares lo cual obligó a la construcción de casas cerradas, es decir, casas de planta rectangular con paredes de bahareque o trenzados vegetales para impedir la entrada de mosquitos y jejenes. Dichas construcciones, con techo de dos aguas, seguramente derivan de modelos de los vecinos Ye'kwana y de las casas que los criollos comenzaron a construir en la misma época. Es interesante observar que las casas se ubican formando círculo alrededor de un claro central que recuerda el *heha* tradicional.

Aunque algunos asentamientos han permanecido en las orillas de los ríos, otros grupos prefirieron fijar asiento en sitios más retirados, más alejados del río y de la plaga y, de paso, experimentar una nueva solución habitacional. Así hizo su aparición el *shapono* con cubierta de dos aguas, cerrado hacia el bosque y abierto sobre el tradicional espacio central. Fuentes nota que la adaptación de la casa rectangular con techo de dos vertientes no impide a los Yanomami conservar una geometría circular que recuerda el *shapono* "clásico" y opina que este tipo de *shapono* es autóctono; lo considera una modificación tecnológica originada por la falta de la palma liviana generalmente usada en el techumbre. En la zona del Ocamo, fue necesario utilizar las hojas de la palmera *yei* que abunda en el área, pero debido al peso de la misma, la estructura volada no podía soportar la carga



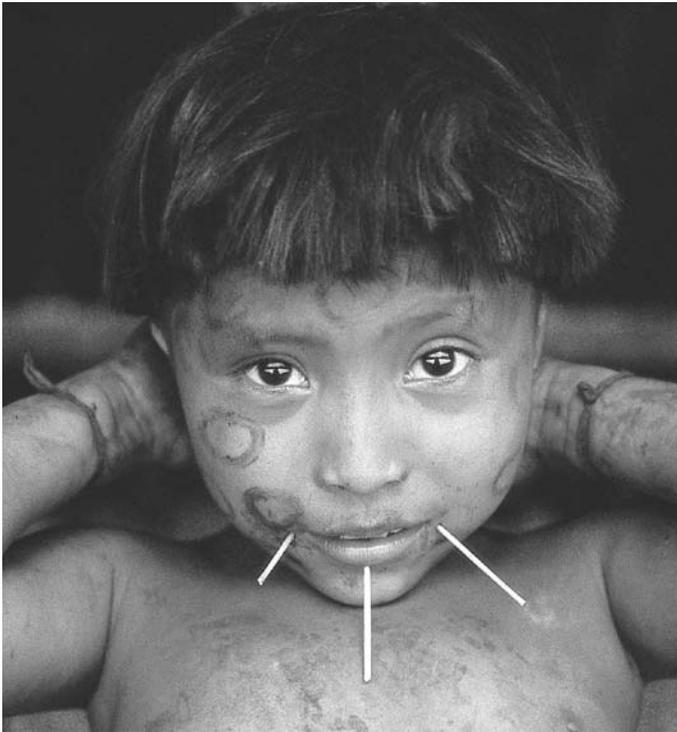
Figuras 30 & 31.



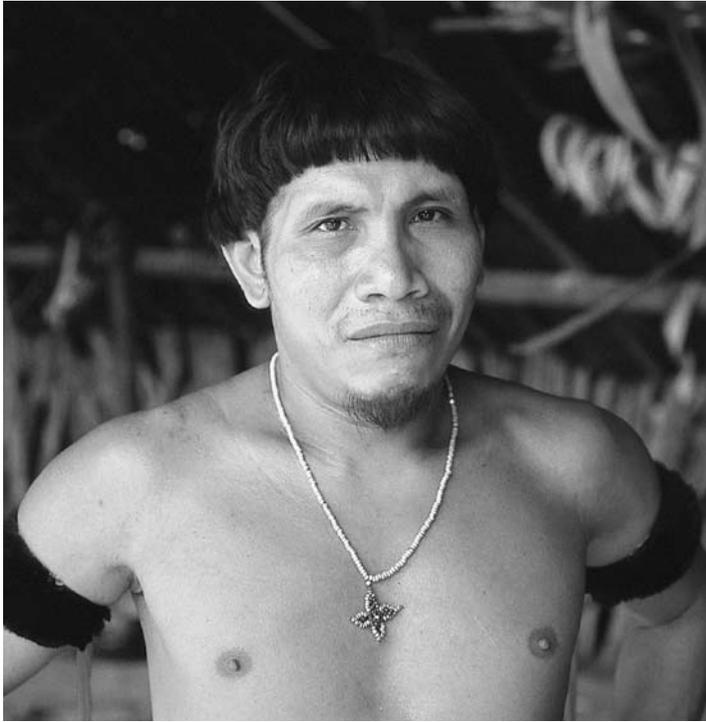
Figuras 32 & 33.



Figuras 34 & 35.



Figuras 36 & 37.



Figuras 38 & 39.



Figuras 40 & 41.

(1980:22). Según el Padre Santos, misionero de Ocamo durante la década de 1980, los Yanomami han demostrado ser muy pragmáticos en relación a la vivienda. Tuvo la oportunidad de observar que los mismos grupos familiares mientras se movían de un sitio a otro, levantaban, al mismo tiempo, el *shapono* tradicional o casas individuales. La decisión de optar para uno o para otro dependía de la cantidad de plaga. En Ocamo y La Esmeralda la plaga era insoportable, pero, alejándose del río, prefieren vivir en el *shapono*.

En los bordes de los grandes ríos, como el Orinoco, el *shapono* tradicional está en vías de desaparición. En su lugar, surgen casas individuales con paredes vegetales y techos de dos aguas agrupadas en forma irregular alrededor de una plaza pequeña. Cada casa contiene una familia extendida cuyos miembros nucleares tienen sus propios fogones. Las paredes están construidas con hojas de plátano, paja, madera de manaca o un toscó bahareque; recientemente, los techos de paja se van substituyendo por láminas de zinc. Las casas sobre el Orinoco se ubican en forma lineal sobre el borde del río, perdiendo así el patio central tan vinculado con las actividades públicas tradicionales.

La adopción de la casa cerrada, si bien protege de la plaga, le quita algo muy importante a la forma tradicional del vivir Yanomami; los deja sin el contacto directo con “lo abierto,” con el aire, con el sol y con la vista siempre libre hacia el *heba*. También los deja sin el área público tradicional donde desarrollan sus actividades comunales. Tales tendencias se notaban desde hace veinticinco años cuando Lizot señaló: “No hay lugar en este tipo de asentamiento para un espacio céntrico que sirva a juegos de los niños, los actos chamánicos, los ritos, y para las visitas ... La sociedad ha perdido su cohesión orgánica ... en el intento de recrear una especie de familia occidental” (1976:18).

Sin duda, el movimiento de los Yanomami hacia el Orinoco fue motivado por el deseo de establecer contactos regulares con las misiones y ha tenido un impacto no solamente sobre la ubicación y forma de la comunidad, sino también sobre su composición. Querían tener acceso a bienes materiales de la sociedad criolla y, por eso, se fueron incorporando a la economía nacional a través de programas de comercio auspiciados por los Salesianos. También la asistencia médica ofrecida por las Hermanas y los programas de educación bilingüe significaron un fuerte motivo para quedarse cerca de las misiones.

Las comunidades en forma de aldea son más pequeñas que las del *shapono* y están bastante cerca una de otra a lo largo del Orinoco. Quizás la desaparición de conflictos hostiles entre las comunidades en contacto continuo con las misiones haya obviado la necesidad de vivir en *shaponos*

grandes, empalizados. También la introducción de una cantidad de bienes ha conducido a una erosión de la organización social. En el *shapono*, la tradición Yanomami era la de compartir y regalar los bienes y los frutos del trabajo. Con la incorporación de herramientas para pescar y cazar, ollas de aluminio, linternas, relojes, radios, ropa y mucho más, surgieron diferencias en el estatus económico puesto que resultaba mucho más fácil ocultar tales bienes en una casa particular en lugar de tener sus pertenencias personales a la vista y al alcance de la comunidad entera (Chagnon, Hames, Margolies y Gasparini 1986:219-220). En el *shapono* tradicional, los parientes ocupan sitios adyacentes y colaboran en varias actividades socioeconómicas, pero al fraccionarse en viviendas pequeñas, estos nexos se quiebran. Volvemos a reiterar nuestras impresiones de 1986 cuando hicimos nuestro primer viaje hacia la tierra Yanomami: “La mudanza de las comunidades hacia las orillas de los grandes ríos se esta realizando a un ritmo bastante acelerado y sólo puede acarrear consecuencias dramáticas en la vida social y en los aspectos públicos y privados de la comunidad” (1986:220).

Las variaciones y modificaciones recientes en los espacios habitacionales y sociales del *shapono* tradicional revelan búsqueda de soluciones novedosas con el fin de adaptarse a sitios no tradicionales y a realizar actividades que tampoco fueron las rutinarias. La construcción de curiaras, por ejemplo, es un trabajo nuevo, y nuevo también es su uso como medio de transporte si consideramos que los Yanomami siempre han ido caminando a todas partes. La curiara facilita las comunicaciones y el comercio por la red fluvial y seguramente los vecinos Ye'kwana fueron los que más influyeron en la técnica de su construcción.

El hecho que el *shapono* de “techo en tierra” se resiste a desaparecer a pesar de las modificaciones que imponen los desplazamientos y asentamientos en sitios no tradicionales y los crecientes contactos culturales y tecnológicos que van acabando con el mito de la “selva impenetrable,” permite pronosticar que su vida no será muy larga. La contaminación “civilizadora” puede ser lenta, pero, al mismo tiempo, es inexorable.

CREDITOS FOTOGRÁFICOS

Inga Goetz: Figuras 1, 2.

Charles Brewer Carías: Figuras 3, 4, 8, 10, 17, 18, 25, 26, 27, 29.

Napoleón Chagnon: Figuras 5, 6, 7, 19, 20, 21, 22, 24.

Graziano Gasparini and Luise Margolies: Figuras 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 28, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41.

Bárbara Brändli: Figura 23.

REFERENCIAS

- Anduze, Pablo J.
1960 *Shailili-Ko: Descubrimiento de las fuentes del Orinoco*. Caracas: Talleres Gráficos.
- Atlas Práctico de Venezuela
1996 "Amazonas" (número 2). Caracas: El Nacional y Cartografía Nacional.
- Barker, James Paul
1953 "Memoria sobre la cultura de los Guaika." *Boletín Indigenista Venezolano* 1(3-4):433-490.
- Bortoli, Padre Giuseppe
1996 "Los Yanomami." En *Etnias indígenas de Venezuela: Semilla primigenia de nuestra raza*, pp. 145-183. Caracas: San Pablo.
- Chagnon, Napoleón A.
1974 *Studying the Yanomamö*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
1983 *Yanomamö: The Fierce People*. Third edition. New York: Holt, Rinehart and Winston.
1997 *Yanomamö: The Fierce People*. Fourth edition. Fort Worth: Harcourt Brace College Publishers.
- Chagnon, Napoleón A., Raymond B. Hames, Luise Margolies y Graziano Gasparini
1986 "Parentesco, demografía, patrones de inversión de los padres y el uso social del espacio arquitectónico entre los Shamatari-Yanomamo del T.F. Amazonas." *Boletín Indigenista Venezolano* 21(18):171-225.
- Cocco, Padre Luis
1972 *Iyewei-teri: Quince años entre los Yanomamos*. Caracas: Escuela Técnica Popular Don Bosco.
- Eguillor García, María Isabel
1984 *Yopo, shamanes y hekura: Aspectos fenomenológicos del mundo sagrado Yanomami*. Caracas: Librería Editorial Salesiana.
- Fuentes, Emilio
1980 "Los Yanomami y las plantas silvestres." *Antropológica* 54:3-138.
- Koch-Grunberg, Theodor
1982 (1917) *Del Roraima al Orinoco*. Volume 3. Caracas: Armitano Editores.
- Lizot, Jacques
1976 *The Yanomami in the Face of Ethnocide*. Copenhagen: IWGIA, Document 22.
1988 "Los Yanomami." En *Etnología Contemporánea: Los Aborígenes de Venezuela*, Volume 3. Jacques Lizot, editor. Caracas: Fundación La Salle de Ciencias Naturales, Instituto Caribe de Antropología y Sociología.

OCEI

1993 *Censo Indígena de Venezuela: 1992*. Caracas: Oficina Central de Estadística e Informática.

Smole, William

1976 *The Yanoama Indians: A Cultural Geography*. Austin: University of Texas Press.

Steward, Julian H. (editor)

1944-49 *Handbook of South American Indians*. Seven Volumes. Washington, DC: Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143.

Valero, Helena

1971 *Yanoama: The Narrative of a White Girl Kidnapped by Amazonian Indians* (As told to Ettore Biocca). New York: E.P. Dutton & Co.

1984 *Yo soy Napeyoma: Relato de una mujer raptada por los indígenas Yanomami*. Monografía 35. Caracas: Fundación La Salle de Ciencias Naturales.